



La Santa Sede

**DISCURSO DE SU SANTIDAD PABLO VI
AL SR. SEISHIRO OGAWA,
EMBAJADOR DE JAPÓN ANTE LA SANTA SEDE***

Jueves 4 de febrero de 1965

Señor Embajador:

Las nobles expresiones que Vuestra Excelencia acaba de dirigirnos al poner en Nuestras manos sus Cartas Credenciales, Nos han conmovido vivamente. Nos queremos decirle especialmente cuán sensible Nos somos al reconocimiento que su Gobierno ha querido manifestarnos, por su intermedio, por lo que la Santa Sede hizo en días difíciles a favor del Japón.

Nos podemos asegurarle que Vuestra Excelencia ha de hallar aquí estima, comprensión y apoyo en el cumplimiento de su misión. La Santa Sede aprecia, en efecto, vivamente, los esfuerzos del Gobierno nipón por cuanto se refiere en particular a la formación de la juventud y a la defensa de la moralidad pública. Los católicos japoneses –¿hace acaso falta decirlo?– aportan de todo corazón su contribución en este sentido al hacerles su fe un deber de no permanecer inactivos. Nos sabemos por otra parte que las Autoridades de su País aprecian la actividad que la Iglesia Católica despliega en Japón, sobre todo en el campo de la educación y en el de la asistencia social.

Grato Nos resulta pues, Señor Embajador, en estos momentos en que comienza su misión, ver abiertas las más hermosas perspectivas para el desarrollo de relaciones cada vez más cordiales entre la Santa Sede y su Patria.

Las fiestas centenarias que allí han de celebrarse durante el año 1965 no podrán sino consolidar estos vínculos. Como Vuestra Excelencia lo sabe, Nos hemos querido ser representado en esa circunstancia por un Legado Nuestro, y Nuestra elección ha recaído sobre la persona de un gran conocedor y amigo de su País, el Cardenal Paolo Marella. Nos tendremos el placer de confiar a

ese eminente Príncipe de la Iglesia un mensaje personal para el Emperador Hirohito. Pero queremos desde ahora pedir a Vuestra Excelencia que se haga intérprete ante Su Majestad, de Nuestros sentimientos de viva y deferente simpatía.

Nos invocamos de todo corazón la divina asistencia sobre su Persona, sobre la Familia imperial, sobre el Gobierno y el Pueblo Japonés, como de todo corazón damos la bienvenida a Vuestra Excelencia asegurándole Nuestra benevolencia y los votos que ante Dios Nos formulamos por su ventura y por el éxito de su misión.

*ORe (Buenos Aires), año XV, n°647 p.4.